

Una visión del paisaje urbano en el México precolombino a través de los cronistas españoles*

ROXANA DI BELLO **

Resumen: En el presente trabajo se ha procurado realizar una aproximación a los *paisajes* que describieron Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo, y al mismo tiempo desentrañar sus propios *paisajes mentales* formados por su cultura. Del examen de sus textos se desprenden los elementos del paisaje urbano mexicano: la belleza de sus emplazamientos, los sitios de placer, las plazas, el equipamiento, las perspectivas. Los jardines merecen un párrafo aparte por su importancia como conjunción de diversas realizaciones que demuestran el elevado rango alcanzado por las artes y las ciencias y como escenario privilegiado de una multiplicidad de funciones entre las que el *placer* y la *belleza* se erigen en fines en sí mismos. De este modo se ha cumplido con un doble objetivo: volver a visitar las crónicas pero esta vez desde el punto de vista de la historia del paisaje y aportar reflexiones sobre aspectos teóricos de esta disciplina.

Palabras claves: Historia del paisaje; jardines históricos; conquista; Siglo XVI; plazas; equipamiento urbano.

Abstract: This paper proposes an approach to the landscapes described by Hernán Cortés and Bernal Díaz del Castillo, while revealing their own mental landscapes shaped by their culture. Mexican urban landscape elements emerge from those texts: the beauty of their locations, leisure places, squares, equipment, perspectives. The gardens deserve a separate paragraph due to their importance as a conjunction of various achievements showing the high rank reached by arts and sciences. They are also considered to be multifunctional places, such as pleasure and beauty spaces themselves. This study fulfilled a double objective: to revisit the chronicles from the landscape history point of view and to foster new ideas regarding theoretical aspects of the discipline.

Key words: Landscape history; historic gardens; conquest; 16th century; squares; urban equipment.

* El presente artículo es parte del resultado del trabajo realizado en el marco del Seminario de Investigación dictado por la Dra. Daisy Rípodas Ardanaz cursado en 2011 en el Doctorado en Historia en la Facultad de Historia, Geografía y Turismo, Universidad del Salvador, Buenos Aires. El trabajo completo *Una visión del paisaje urbano en Hispanoamérica a través de los cronistas españoles: el caso de México* permanece inédito. Agradezco a la Dra. Sonia Berjman por sus correcciones, sugerencias y aportes para el presente trabajo.



** **ROXANA DI BELLO** é Doctora en Historia. Facultad de Historia, Geografía y Turismo, Universidad del Salvador, Buenos Aires.

Introducción

“salió el Cacique á recibirnos [...] y luego dijo de la gran fortaleza de Méjico y cómo estaban fundadas las casas sobre agua, [...], que nunca acababa de decir otras muchas cosas de cuan gran señora era, que Cortés y todos nosotros estábamos admirados de lo oír; y con todo cuanto contaban de su gran fortaleza y puentes, como somos de tal calidad los soldados españoles, quisiéramos ya estar probando ventura, y aunque nos parecía cosa imposible según lo señalaba y decía el Olinteclé. Y verdaderamente era Méjico muy mas fuerte y tenia mayores pertrechos de albarradas que todo lo que decía porque una cosa es haberlo visto de la manera y fuerzas que tenia, y no como lo escribo” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1853, p. 53).

Con estas simples palabras (subrayadas en el texto citado) en una fecha tan temprana como el siglo XVI, Bernal Díaz de Castillo, un mero soldado español como él mismo se define, pone sobre el tapete parte de la problemática del estudio del paisaje: una cosa es haberlo visto y otra es describirlo. Y aún otra es interpretar esa descripción. Por lo tanto este trabajo tendrá un doble objetivo: por un lado volver a visitar las crónicas pero esta vez desde el punto de vista de la historia del paisaje y, por el otro aportar reflexiones sobre los aspectos teóricos de esta disciplina.

La Dra. Sonia Berjman ha advertido la contradicción intrínseca en la que se ha incurrido al establecer categorías como *paisaje natural* y *paisaje cultural*¹, señalando que:

“paisaje sería la naturaleza en sí y a la vez la misma naturaleza transformada por la mente y la mano del hombre. Si el hombre – que es un ser natural- recrea al mundo en un nuevo hábitat para sí que es la ciudad, ¿se puede decir que ésta es también natural? Por el contrario es considerada el producto más artificial. [...] Resumiendo: un paisaje es siempre un acto intelectual. Es la mirada de un ser humano hacia su entorno a través de su mente. Así, para mí, es una redundancia la expresión **paisaje cultural** pues **todo paisaje es cultural**” (BERJMAN, 2008).

Este concepto resulta de especial interés, dado que el análisis desde esta perspectiva de las descripciones de los cronistas españoles permitirá no sólo tener una aproximación a los *paisajes* o sitios que describieron, sino también conocer sus propios *paisajes mentales* que fueron informados por su cultura, creencias e intereses al enfrentarse a una realidad nueva para ellos como lo fue el continente americano.

Este trabajo se focalizará en el paisaje urbano del México precolombino, entendiendo a la ciudad como el fenómeno cultural por excelencia con sus rasgos distintivos: pluralidad, heterogeneidad, temporalidad en continua construcción y transformación colectiva. El paisaje urbano, por lo tanto, comparte estas mismas características, pero no sólo en su materialidad, sino, y principalmente, en la imagen interior que individual y grupalmente se tenga de él. Precisamente el objeto de esta investigación será reconstruir esa imagen a través de crónicas seleccionadas y

¹ La Convención del Patrimonio de la Humanidad estableció en 1992 que los paisajes culturales representan las "obras combinadas de

la naturaleza y el hombre". <http://www.icomos.org/landscapes/index2esp.htm>, consultado 9/11/2012.

develar los componentes culturales que la conformaron.

Margarita Montañez distingue distintos elementos en el paisaje urbano: a) Elementos bióticos: seres humanos, la fauna (animales domésticos y salvajes) y la flora (especies vegetales, desde relictos de la naturaleza hasta plantaciones particulares, el arbolado de las calles, la forestación de plazas y parques, incluyendo por supuesto los jardines) y b) Elementos abióticos: entre éstos se distinguen los funcionales (elementos del servicio público: pavimentos, luminarias, y otros componentes del mobiliario urbano) y los ornamentales (esculturas, fuentes, murales y otros objetos) (MONTAÑEZ, 2006, pp 93-96).

Es necesario llamar la atención sobre la *historicidad* de paisaje y sus dificultades. La ciudad y su entorno natural (es decir el soporte material del paisaje) no son estáticos, como tampoco lo son las miradas que se posan sobre él, alternan las personas que lo *aprehenden* (que pueden hacerlo en un mismo tiempo o en diferentes épocas) y también una misma persona se transforma a lo largo de su vida (la mirada de un niño variará cuando se convierta en un joven, y luego en un adulto y así sucesivamente).

Pueden considerarse como un antecedente de este trabajo los precusores estudios realizados por Zelia Nuttall. En su conferencia “Los Jardines del Antiguo México” dictada en la Sociedad Científica ‘Antonio Alzate’ y publicada en la revista México Forestal en abril de 1923 describió los lugares de deleite de los antiguos aztecas recurriendo a la consulta de los cronistas españoles y analizó detalladamente esos jardines, sus diseños, sus elementos botánicos y el uso de placer que se les asignaba (NUTTALL, 1923).

Fuentes utilizadas

En primer lugar, se ha trabajado con las ineludibles “Cartas de Relación de Hernán Cortés”, quien a medida que se adentraba en el territorio mexicano iba relatando al Rey los hechos en los que participaba, justificando sus acciones y dando noticias de las tierras descubiertas. Se ha utilizado la publicación de Enrique de Vedia, *Historiadores primitivos de Indias* (VEDIA, 1852) que recoge cinco de estas cartas, aunque la primera corresponde a una carta dirigida al Emperador por la Justicia y Regimiento de la Villa Rica de la Vera Cruz, que, según lo establecido por Esteve Barba, había sido enviada al mismo tiempo que la primera relación de Cortés, que permanece hasta el presente perdida².

Bernal Díaz del Castillo, soldado que participó de la conquista de México bajo las órdenes de Cortés, también puso por escrito el relato de los memorables sucesos en los que le cupo participar, pero a diferencia de su capitán, dejó transcurrir cinco décadas antes de empezar a redactar su *Historia Verdadera* (ESTEVE BARBA, 1964. p. 142). En el ínterin había regresado en dos oportunidades a España y terminó sus días en la ciudad de Guatemala donde fue regidor. Su larga experiencia de vida (falleció octogenario) le había permitido incorporar mayores

² “Aunque ésta [la primera relación de Cortés] suele ser suplida por aquella [la firmada por el ayuntamiento de Veracruz], sabemos, gracias a Gómara, que no eran exactas en su contenido, ni siquiera en su intención. Cortés, en su deseo de justificar su conducta para con Velásquez, insistía en las dificultades que le creaban parientes y amigos del gobernador, y para acentuar la importancia de la empresa que comenzaba, omitía el recuerdo de las anteriores expediciones de Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva, que, en cambio, aparecen mencionados por los regidores de Veracruz.” (ESTEVE BARBA, 1964. p. 139).

conocimientos sobre el nuevo mundo que se descubría e influyó en sus interpretaciones. Sus recuerdos y descripciones fueron atravesados e *informados* de algún modo por la cultura precolombina que ya comenzaba a sincretizarse con la hispánica. Esto hace que la contrastación con las descripciones de Cortés de los mismos sitios resulte de gran interés. Se ha recurrido a la versión publicada en el segundo tomo de la ya mencionada obra *Historiadores primitivos de Indias* de Enrique de Vedia (VEDIA, 1853) que recoge la primera impresión realizada en Madrid en 1632 por el padre Alonso Remón.

El escritor mejicano Carlos Fuentes considera a Bernal Díaz del Castillo el *primer novelista latinoamericano*, aunque guarda todas las reservas del caso dado que la obra del conquistador es una *crónica verdadera* de hechos que realmente ocurrieron. Sin embargo el largo tiempo transcurrido entre que esos hechos sucedieron y su relato, aunque el cronista haya manifestado que lo que estaba escribiendo se le presentaba ante los ojos como si hubiera ocurrido ayer, enciende la alerta en Fuentes:

“Sí, sólo que no pasó ni ayer ni hoy sino en otro país, el de la memoria, el país inevitable del novelista, la memoria, que por más veraz que quisiera ser, sabe que no pasará del mero listado de fechas y hechos si no le da alas la imaginación. Sobre todo, cuando lo que los ojos han visto en la realidad histórica es comparable a lo que los cronistas de Indias han visto en la fabulación del Nuevo Mundo: ‘Ver cosas nunca oídas ni vistas ni aun soñadas, como veríamos’” (FUENTES, 2012. p. 26).

Al momento de la llegada de los españoles (S. XVI) las ciudades más importantes en América eran

Tenochtitlán y Cusco, capitales de los Imperios Azteca e Incaico respectivamente. La capital azteca, construida sobre una de las islas de un lago salado, había absorbido a la vecina ciudad de Tlatelolco, ubicada en otra de las islas, por lo que cada una de ellas tenía su centro cívico, ceremonial y comercial, aunque constituían un solo estado. El centro de Tenochtitlán, en el cruce de dos grandes ejes urbanos, estaba constituido por el Templo Mayor (en realidad un recinto que contenía varias edificaciones), el palacio de residencia de Moctezuma y una plaza.

El paisaje urbano mexicano a través de los conquistadores

“Terná esta ciudad de Iztapalapa doce ó quince mil vecinos; la cual está en la costa de una laguna salada grande, la mitad dentro en el agua y la otra mitad en la Tierra-Firme. Tiene el señor della unas casas nuevas que aun no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España, digo de grandes y bien labradas, así de obra de cantería como de carpintería y suelos, y cumplimientos para todo género de servicio de casa, excepto mazonerías y otras cosas ricas que en España usan en las casas, acá no las tienen. Tiene en muchos cuartos altos y bajos jardines muy frescos, de muchos árboles y flores olorosas; asimismo albercas de agua dulce muy bien labradas, con sus escaleras hasta lo fondo. Tiene una muy grande huerta junto la casa, y sobre ella un mirador de muy hermosos corredores y salas, y dentro de la huerta una muy grande alberca de agua dulce, muy cuadrada, y las paredes Della de gentil cantería, é alrededor Della un andén de muy buen suelo ladrillado, tan ancho, que pueden ir por él cuatro paseándose, y tiene de cuadra cuatrocientos pasos, que son en torno mil y seiscientos. De la otra parte del andén, hácia la pared de la huerta, va todo labrado de cañas con unas vergas,

y detrás dellas todo de arboledas y yerbas olorosas, y dentro del alberca hay mucho pescado y muchas aves de agua; y tantas, que muchas veces casi cubren el agua” (CORTÉS, 1852, p. 24).

Todos los componentes del paisaje urbano están descritos en este bello párrafo: lo construido y el espacio vacío; lo verde diseñado, el jardín con su límite; la huerta y el entorno, incluyendo la presencia del agua, los perfumes, los elementos ornamentales y la fauna que habitaba el sitio. Es indudable la sensibilidad estética de Cortés, considera los recorridos y desplazamientos, las relaciones volumétricas, elementos construidos, perspectivas y visiones progresivas. Véase a continuación la versión de Bernal Díaz del Castillo:

“... de cuando entramos en aquella villa de Iztapalapa de la manera de los palacios en que nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran, de cantería muy prima, y la madera de cedros y de otros buenos árboles olorosos, con grandes patios é cuartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodón. Después de bien visto todo aquello, fuimos á la huerta y jardín, que fué cosa muy admirable vello y pasallo, que no me hartaba de mirallo y ver la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenia, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce; y otra cosa de ver, que podrían entrar en el verjel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenia hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucido de muchas maneras de piedras, y pinturas en ellas, que habia harta que ponderar, y de las aves de muchas raleas y diversidades que entraban en el estanque, Digo otra vez que lo estuve mirando y no creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como estas; porque en aquel tiempo no habia Perú ni memoria dél. Agora toda esta villa

está por el suelo perdida, que no hay cosa en pié. Pasemos adelante...” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1853, p. 53).

Este texto no va en zaga del anterior en sensibilidad estética, a lo que se suma la sorpresa, el *pasmo* ante una realidad que no esperaban encontrar a los que se agrega la dimensión histórica que, como ya se vio, Cortés no podía tener al momento de escribir: Bernal Díaz sabe que se ha descubierto el Perú y con él nuevas maravillas, y además que Iztapalapa fue destruida durante la conquista y trata de ocultar su angustia con un piadoso “Pasemos adelante...”

En el análisis de las fuentes se hace patente el asombro de los españoles ante el exotismo de este paisaje urbano que les toca contemplar: la grandiosidad de las construcciones, el equipamiento con que cuentan, la gran cantidad de habitantes, el orden y *concierto* que pueden advertirse en sus actividades, e incluso el sentido estético que trasuntan sus realizaciones, que aunque distinto al de los europeos, no escapa a su sensibilidad. Todas estas características los obligan a dejar atrás la visión de *pueblos salvajes* para advertir que deben enfrentarse a una gran civilización. En todo momento deben recurrir a comparaciones con otras realidades, ya sea reconocidas como propias o ajenas, para describir el incógnito mundo que se develaba ante sus ojos.

“Hay algunos pueblos grandes y bien concertados, las casas en las partes que alcanzan piedra son de cal y canto, y los aposentos dellas pequeños y bajos muy amoriscados; y en las partes adonde no alcanzan piedra hácenlas de adobes y encálanlos por encima, y las coberturas de encima son de paja. Hay casa de algunos principales muy frescas y de muchos aposentos, porque nosotros habemos visto mas de cinco patios dentro de

unas solas casas, y sus aposentos muy concertados, cada principal servicio que ha de ser por sí y tienen dentro sus pozos y albercas de agua, y aposentos para esclavos y gente de servicio, que tienen mucha;" (CORTÉS, 1852, pp. 9-10).

Es evidente que Cortés no acierta con los términos adecuados para describir este paisaje tan ajeno a sus estructuras mentales y recurre a "*amoriscado*" para hacer referencia a las construcciones. Cabe hacerse la pregunta acerca de la imagen que se haría el destinatario de la carta, Carlos V, o cualquiera otra persona que la leyera, ¿un México morisco? En más de una oportunidad debe recurrir al mundo hispanomusulmán para encontrar las referencias que le permitan describir los paisajes urbanos que iba descubriendo:

"La cual ciudad [*Tlaxcala*] es tan grande y de tanta admiración, que aunque mucho de lo que Della podría decir deje, lo poco que diré creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy mas fuerte, y de tan buenos edificios y de muy mucha mas gente que Granada tenia al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, [...] Finalmente, que entre ellos hay toda manera de buena orden y policia, y es gente de toda razon y concierto; y tal, que lo mejor de Africa no se le iguala" (CORTÉS, 1852, p. 18).

La cita concluye con otra referencia a lo exótico, *África*, mostrando una vez más lo dificultoso que se hacía describir esa realidad totalmente ajena.

El asombro no obnubila la mente de Bernal Díaz y su perspicacia le permite advertir cómo la subjetividad de quién mira, sus pulsiones y deseos interiores pueden alterar la percepción de tal modo que llega a tergiversar completamente la realidad objetiva:

"E ya que íbamos entrando entre las casas, desque vimos tan gran pueblo, y no habíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello; y como estaba tan vicioso y hecho un vergel, y tan poblado de hombres y mujeres las calles llenas que nos salían á ver, dábamos muchos loores á Dios, que tales tierras habíamos descubierto; y nuestros corredores del campo, que iban á caballo, parece ser llegaron á la gran plaza y patios donde estaban los aposentos, y de pocos días, según pareció, teníanlos muy encalados y relucientes, que lo saben muy bien hacer, y pareció al uno de los de á caballo que era aquello blanco que relucía plata, y vuelve á rienda suelta á decir á Cortés cómo tenían las paredes de plata. Y doña Marina é Aguilar dijeron que seria yeso ó cal, y tuvimos bien que reir de su plata é frenesí, que siempre después le decíamos que todo lo blanco le parecía plata" (DÍAZ DEL CASTILLO, 1853, p. 39).

Se comprueba una vez más que "la idea de paisaje no se encuentra tanto en el objeto que se contempla como en la mirada de quien contempla. No es lo que está delante sino *lo que se ve*" (MADERUELO, 2005, p. 38).

Si existiera alguna duda acerca de la concepción estética de los aztecas con respecto al tratamiento del entorno donde vivían, la misma se disiparía con las descripciones que los cronistas dejando constancia de su belleza e importancia de sus jardines y *sitios de placer*, sin semejanza en España.

"Tenia, así fuera de la ciudad como dentro, muchas casas de placer, y cada una de su manera de pasatiempo, tan bien labradas cuanto se podría decir, y cuales requerian ser para un gran príncipe y señor. Tenia dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me parecería casi imposible poder decir la bondad y

grandeza dellas. E por tanto no me porné en expresar cosa dellas, mas de que en España no hay su semejable. Tenia una casa poco menos buena que esta, donde tenia un muy hermoso jardín con ciertos miradores que salian sobre él, y los mármoles y losas dellos eran de jaspe, muy bien obradas. Habia en esta casa aposentamientos para se aposentar dos muy grandes príncipes con todo su servicio. En esta casa tenia diez estanques de agua, donde tenia todos los linajes de aves de agua que en estas partes se hallan, que son muchos y diversos, todas domésticas; y para las aves que se crían en la mar eran los estanques de agua salada, y para las de rios, lagunas de agua dulce; la cual agua vaciaban de cierto á cierto tiempo por la limpieza, y la tornaban a hechir por sus caños; y á cada género de aves se daba aquel mantenimiento que era propio á su natural y con que ellas en el campo se mantenian” (CORTÉS, 1852, p. 34).

No cabe duda de que los aztecas practicaban el arte de la jardinería a conciencia diseñándolos de modo que se permitiera su contemplación “*un muy hermoso jardín con ciertos miradores que salian sobre él*”, donde las plantaciones se combinaban con otros elementos funcionales u ornamentales: “*y los mármoles y losas dellos eran de jaspe, muy bien obradas; tenía diez estanques de agua*”. Aún más:

“Sobre cada alberca y estanques de estas aves habia sus corredores y miradores muy gentilmente labrados, donde el dicho Mucteczuma se venia a recrear y á las ver. [...] Tenía otra casa muy hermosa, donde tenia un gran patio losado de muy gentiles losas, todo él hecho á manera de un juego de ajedrez. E las casas eran hondas cuanto estado y medio, y tan grandes como seis pasos en cuadra; é la mitad de cada una destas casas era cubierta el soterrado de losas, y la

mitad que quedaba por cubrir tenia encima una red de palo muy bien hecha; y en cada una destas casas habia una ave de rapiña, [...] Habia en esta casa ciertas salas grandes, bajas, todas llenas de jaulas grandes, de muy gruesos maderos, muy bien labrados y encajados, y en todas ó en las mas habia leones, tigres, lobos, zorras, y gatos de diversas maneras [...] Tenía otra casa donde tenia muchos hombres y mujeres monstruos, en que habia enanos, corcovados y contrahechos, y otros con otras disformidades, y cada una manera de monstruos en su cuarto por sí [,,] E las cosas de placer que tenia en su ciudad dejo de decir, por ser muchas y de muchas calidades” (CORTÉS, 1852, p. 35).

Sus *sitios de placer* incluían la recreación, incluso a través de *atracciones* como los zoológicos de animales y también de humanos a semejanza de esas antiguas ferias que junto a juegos y kermeses mostraban personas con deformidades. Incluso fueron los creadores de los *jardines botánicos* aun antes de que aparecieran en Europa:

“No olvidemos las huertas de flores y árboles olorosos, y de muchos géneros que tenia, y el concierto y pasaderos dellas, y de sus albercas, estanques de agua dulce, cómo viene una agua un cabo y va por otro, é de los baños que dentro tenia, y de la diversidad de pajaritos chicos que en los árboles criaban; y qué de yerbas medicinales y de provecho que en ellas tenia, era cosa de ver; (DÍAZ DEL CASTILLO, 1853, p. 88).

No escapa a Bernal Díaz el hecho de que para mantener todas estas obras era necesaria mucha mano de obra especializada (canteros, albañiles, carpinteros, jardineros), pero afirma que contaban con toda la necesaria:

y para todo esto muchos hortelanos, y todo labrado de cantería, así baños como paseaderos y otros retretes y apartamentos, como cenaderos, y también adonde bailaban é cantaban; é había tanto que mirar en esto de las huertas como en todo lo demás, que no nos hartábamos de ver su gran poder. E así por el consiguiente tenía maestros de todos cuantos oficios entre ellos se usaban, y de todos gran cantidad” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1853, p. 88).

Esta cita aporta también la enumeración de las actividades que se realizaban en estos jardines, que se sumaban a la ya mencionada contemplación: pasear, bañarse, reposar en los *cenaderos*³, cantar y bailar, ni más ni menos que las mismas que pueden practicarse hoy en el jardín de cualquier residencia, de mayor o menor categoría.

Otros elementos del paisaje urbano que capturaron la atención fueron las torres o pirámides, cuya descripción ocasionaba dificultades a los cronistas. La palabra *mezquita* es utilizada por Cortés cada vez que tiene que hacer mención a los templos mexicanos, probablemente acude a ese término en la necesidad de referir templos no católicos o infieles⁴ como

puede verse en gran cantidad de pasajes: “y con estos tienen sus *mezquitas* y adoratorios [...] y allí tienen sus ídolos que adoran, dellos de piedra, y dellos de barro, y dellos de palos [...] y estas casas y *mezquitas* donde los tienen son las mayores y menores mas bien obradas y que en los pueblos hay, y tiénelas muy atumadas con plumajes y paños muy labrados y con toda manera de gentileza; [...]”(CORTÉS, 1852, pp. 9-10); “yo conté desde una *mezquita* cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de *mezquitas*.” (p. 21); “tiene muy hermosas *mezquitas*, en especial dos, donde nos aposentamos y echamos fuera los ídolos, [...]. Supe dellos que una destas dos casas ó *mezquitas*, que era la mas principal dellas, era dedicada á una diosa de que ellos tenían mucha fe y esperanza, y que á esta no le sacrificaban sino doncellas y vírgenes y muy hermosas” (p. 126).

Si se da por acertada la suposición de que el uso del término *mezquita* es por no hallar otro mejor que describiera el templo de los infieles, que practicaban un culto abominable a los ojos de un católico como lo era el conquistador, por analogía con el culto musulmán, no es posible dejar de lado la consideración de que esta palabra hace apelación a una realidad material muy concreta. Una *mezquita* tiene características arquitectónicas, decorativas y estéticas particulares que,

³ Sinónimo de *cenador*: “Espacio, comúnmente redondo, que suele haber en los jardines, cercado y vestido de plantas trepadoras, parras o árboles” REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, Vigésima segunda edición, documento consultado en línea el 2 de abril de 2014, <http://lema.rae.es/drae/?val=cenadero>.

⁴ En el Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española de 1734, en la entrada correspondiente a *mezquita* se consigna “El Lugar donde los Mahometanos hacen las ceremonias de su secta. Covarr. dice es voz Arabiga, y que sale del nombre *Mezquidum*, que significa lugar de Oración. Lat. *Mabometanorum fanum*. MARM. Rebel. lib.i cap. ii. Tenia algunos edificios principales,

labrados à la usanza Africana, muchas *Mezquitas*, Colégios y Hospitales. NAVARRET. Conserv. disc. 17. Por haber los Españoles purgado estos Reinos, á costa de su propia sangre, de la infeccion y secta Mahometana, convirtiendo en Iglesias Católica las abominables *Mezquitas*.” REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases ó modos de hablar, los proverbios ó refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua*, Tomo cuarto, Madrid, Imprenta de la Real Academia Española, 1734.

como es obvio, eran ampliamente conocidas en la península por encontrarse en ella numerosos y eminentes ejemplos. Una vez más es necesario preguntarse cómo interpretarían este término los receptores de las cartas de Cortés: ¿cuál sería la imagen, el *paisaje*, que se forjarían en sus mentes? Sin dudas algo muy lejano a la realidad objetiva y material de las ciudades mexicanas.

Bernal Díaz no recurre al término *mezquita* por el contrario, ya que escribe desde Guatemala, utiliza la palabra de origen maya *cu*⁵. Al momento de redactar sus textos este español había tenido tiempo y ocasión de interiorizarse de muchos aspectos de las culturas prehispánicas pudiendo de este modo aportar nuevas interpretaciones sobre esa realidad que había contemplado junto a Cortés a la par que era descubierta. Numerosas citas pueden aportarse para ilustrar el uso de este término por parte de Díaz: “queríamos subir en un alto cu que es su adoratorio que estaba alto y había muchas gradas” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1853, p. 45); “Cómo nuestro capitán salió á ver la ciudad de Méjico y el Tatelulco que es la plaza mayor, y el gran cu de su Huichilobos” (p. 89); “pasamos á otro puerto donde hallamos unas caserías y grandes adoratorios de ídolos que ya he dicho que se dicen cues” (p. 53); etc.

Tanto Cortés como Bernal Díaz describen los templos principales de la capital, Tenochtitlán. Aunque las

descripciones son en general coincidentes, hay matices en las impresiones que causan en cada uno de estos cronistas que merecen ser estudiadas. Cortés se admira ante la *hermosura* y *grandeza* de estas construcciones ¿un intento, quizás, de ensalzar sus descubrimientos a los ojos del emperador? “Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas ó casas de sus ídolos, de muy hermosos edificios, [...] y entre estas mezquitas hay una, que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades della” que por su altura es comparable a la torre de la iglesia mayor de Sevilla (CORTÉS, 1852, p. 32-33).

Por el contrario, para Bernal Díaz el panorama se presenta dantesco:

“... y un poco apartado del gran cu estaba una torrecilla que también era casa de ídolos, ó puro infierno, porque tenia á la boca de la una puerta una muy espantable boca de las que pintan, que dicen que es como la que está en los infiernos con la boca abierta y grandes colmillos para tragar las ánimas. [...]. Pasemos adelante del patio y vamos á otro cu, donde era enterramiento de grandes señores mejicanos, que también tenían otros ídolos, y todo lleno de sangre é humo y tenia otras puertas y figuras de infierno; y luego junto de aquel cu estaba otro lleno de calaveras é zancarrones puestos con gran concierto, que se podían ver mas no se podían contar, porque eran muchos, y las calaveras por sí, y los zancarrones en otros rimeros; [...] Mucho me he detenido en contar deste gran cu del Tatelulco y sus patios, pues digo era el mayor templo de sus ídolos de todo Méjico” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1853, pp. 91-92).

Carlos Fuentes ha advertido esta nota oscura y discordante en la épica de

⁵ El término *cu* fue incluido por primera vez en el *Diccionario de la Lengua Castellana* en su Duodécima Edición publicada en 1884: “Cu. f. Nombre de la letra q. Cu. m. Nombre que los antiguos historiadores dan á los templos de los indios mejicanos.” Actualmente el *Diccionario de la Lengua Española* incluye dos acepciones para el mismo: “cu¹. 1. f. Nombre de la letra q. cu². (De or. maya). 1. m. En los cronistas de Indias, templo o adoratorio de los indígenas prehispánicos en Mesoamérica.”

Bernal y ensaya una explicación: "... está llena de rumores distantes de tambores y muerte, de antorchas y sacrificios secretos: 'sangre y humo', un tono de constante amenaza, de inminente desastre y de temor ..." (FUENTES, 2012, p. 31). El peligro persistente, el desasosiego, la inquietud vividos durante los largos meses de la campaña que terminó con la conquista de Tenochtitlán se filtró a través de los años transcurridos en los recuerdos del cronista, tiñendo sus relatos que resultan de este modo mucho más sombríos que los de Cortés, quien no podía permitirse este tipo de sentimientos en el fragor de la lucha.

También las obras de infraestructura y equipamiento despertaron indudable interés. Cortés se regodea en describir accesos, obras hidráulicas y de defensa. La calidad de las construcciones, sus materiales, sus terminaciones, los espacios exteriores e interiores son alabados y resaltados por el conquistador. Las *calzadas* de acceso a los poblados atraen la atención de ambos cronistas por sus dimensiones, buena factura, la existencia de puentes u otras obras para tornarlas de buen tránsito o de uso defensivo y el uso intensivo que se les daba. Entre ellas se destacan las calzadas de acceso a la ciudad de Tenochtitlán "muy bien obrada, que pueden ir por toda ella ocho de caballo á la par" (CORTÉS, 1852, p. 24). Los puentes, al mismo tiempo que facilitan el tránsito sirven como obras de defensa "porque quitan y ponen unas vigas muy luengas y anchas, de que la dicha puente está hecha, todas las veces que quieren, y destas hay muchas por toda la ciudad" (CORTÉS, 1852, pp. 24-25). Paralelos a las calles corren canales, que permiten la circulación de barcas: "son la mitad de tierra, y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas" (CORTÉS, 1852, pp. 31-32). El secreto que convertía a Tenochtitlán en una ciudad prácticamente

inexpugnable estaba en su situación lacustre y en el sistema de puentes móviles que tenían en las calzadas de acceso. Al ser quitados de su sitio se impedía tanto la entrada como la retirada, convirtiéndola en una trampa mortal si no se tenían medios alternativos de huida.

La provisión de agua apta para el consumo era vital para el desarrollo de una ciudad tan grande y con tanta densidad de población. La solución fue aportada mediante la construcción de acueductos que transportaban el líquido desde los manantiales de Chapultepec:

"Por la una calzada que á esta gran ciudad entran, vienen dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos casi como un estado, y por el uno dellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va á dar al cuerpo de la ciudad, de que se sirven y beben todos. [...]" (CORTÉS, 1852, pp. 33-34).

"y la manera como se provee la ciudad de agua dulce desde una fuente que se dice Chapultepeque que está de la ciudad obra de media legua y va el agua por unos edificios y llega en parte que con canoas la llevan á vender por las calles" (DÍAZ DEL CASTILLO, 1853, p. 70).

Las plazas, en tanto espacios vacíos, cumplían importantes funciones en la vida urbana del México precolombino, no sólo espacialmente (dado que solían constituir el centro de la ciudad) sino también funcionalmente puesto que en ellas se concentraba una multitud de usos indispensables para la vida cotidiana. Constituían el escenario de importantes ceremonias, especialmente las religiosas, dado que los templos constituían su envolvente arquitectónica. También se consigna la utilización de la plaza como lugar de justicia: "Hay en esta gran plaza una muy buena casa como de audiencia,

donde están siempre sentados diez ó doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delincuentes” (CORTÉS, 1852, p. 32). Al mismo tiempo funcionaba como lugar de ejecuciones: “E así fueron estos [*indios*] quemados públicamente en una plaza, sin haber alboroto alguno” (CORTÉS, 1852, p. 27).

Los mercados que se desarrollaban cotidianamente en las plazas fascinaron a los conquistadores: sus dimensiones, la cantidad de gente que los animaban, la extraordinaria variedad y singularidad de las mercancías que en ellos se comerciaban quedaron registrados en numerosos pasajes, algunos de ellos de gran calidad expresiva:

“Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos á ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella habia, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y el zumbido de las voces y palabras que allí habia, sonaba mas que de una legua; y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto, y tamaña y llena de tanta gente no la habían visto” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1853, p. 90).

Una vez más las comparaciones resultan difíciles y tanto Cortés como Díaz del Castillo recurren a imágenes conocidas (y reconocidas): “digamos de los grandes y suntuosos patios [...] que se dice el Tlatelulco, porque así se solía llamar. Ya he dicho que tenían dos cercas de cal y canto antes de entrar dentro, é que era empedrado de piedras blancas como losas y muy encalado y bruñido y limpio, y sería de tanto compás y tan ancho como la plaza de Salamanca” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1853,

p. 91). También Cortés recurre a la misma comparación: “Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo” (CORTÉS, 1852, p. 32).

La referencia a Salamanca no es casualidad, antes de su transformación en el Siglo XVIII en la actual Plaza Mayor de Salamanca (de estilo barroco), ésta era un gran espacio, mayor al de hoy, donde se compartían diversas actividades (mercado, fiestas, justicia, etc.), siendo considerada en aquellos tiempos la mayor plaza de la cristiandad (ESTELLA GOYTRE, 2005).

El paisaje de Tenochtitlán puede ser recreado a través de todas estas descripciones, cual si fuera un inmenso mosaico. Pero es necesario tener en cuenta que estas imágenes que llegan a través de los siglos no son especulares, sino que están mediatizadas por diversos mecanismos: la subjetividad de quienes la aprehendían, su contexto epocal y cultural, sus propios sentimientos y objetivos y lo que querían comunicar. Aún así es posible colegir la grandeza, belleza y singularidad del paisaje que maravilló a estos hombres. Permítase, pues, a los testigos presenciales describirlo con sus propias palabras:

“y como subimos á lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacia, [...] E así como llegamos, salió el gran Montezuma [...] y luego le tomó por la mano y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las mas ciudades que había dentro en el agua, é otros muchos pueblos en tierra alrededor de la misma laguna; y que si no había visto bien su gran plaza; que desde allí la podría ver muy mejor; y así lo estuvimos mirando, porque aquel

grande y maldito templo estaba tan alto, que todo lo señoreaba; y de allí vimos las tres calzadas que entran en Méjico que es la de Iztapalapa, que fué por la que entramos cuatro días había; y la de Tacuba, [...] y la de Tepeaquilla; y vimos el agua dulce que venia de Chapultepeque, de que se proveía la ciudad; y en aquellas tres calzadas las puentes que tenían hechas de trecho á trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte á otra, é víamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos é otras que venían con cargas é mercaderías; y vimos que cada casa de aquella gran ciudad y de todas las demás ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa á casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera ó en canoas; y víamos en aquellas ciudades cues é adoratorios á manera de torres é fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azuteas, y en las calzadas otras torrecillas é adoratorios que eran como fortalezas. Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos á ver la gran plaza;” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1853, pp. 89-90).

Nótese la importancia de esta escena: Moctezuma haciendo ascender a Cortés a la cima del templo mayor (acto comparable con la ascensión a un monte) y con un gesto le muestra el *paisaje* de su civilización, símbolo de su inmenso poderío que le permitía dominarlo.

Esta cita permite analizar algunas hipótesis sostenidas desde la teoría del paisaje. Para Augustin Berque el paisaje no tiene existencia por sí mismo más allá de su realidad física si no es *captado* por la mirada de un ser humano: “el paisaje

en sentido estricto existe sólo en la dimensión trayectiva⁶ del medio humano, cuyo conjunto forma el ecúmeno, que no compete ni sólo al objeto ni sólo al sujeto, sino a una determinada relación de la existencia humana respecto a las cosas del entorno” (BERQUE, 1997, p. 16). Esta concepción le permite afirmar que la invención del paisaje como objeto de una valoración estrictamente estética se habría producido en China aproximadamente en el S. IV y que no llegó a Europa hasta el Renacimiento. Berque concluye que existieron sociedades *paisajistas* y *no paisajistas*, estableciendo incluso cuatro criterios, según él objetivos, para diferenciarlas⁷. Considera que sólo dos culturas en la historia de la humanidad han cumplido con los cuatro: la China desde el S. IV y mil doscientos años más tarde, la Europa del S. XVI. De este modo quedan afuera no sólo la Antigüedad grecolatina y la Edad Media, sino también todas las grandes civilizaciones precolombinas, que sólo alcanzarían el estatus de *proto paisajistas*.

Otros autores han puesto ya en tela de juicio esta proposición. Por ejemplo Paula Rivasplata Varillas ha realizado un pormenorizado análisis de esta realidad compleja estudiando la visión ética, mítica y mística del universo propia de las civilizaciones precolombinas apartándose de la visión eurocéntrica, concluyendo que “*Tales criterios –elaborados desde la escuela francesa de paisaje– se sostienen en la visión estética y dualista (separación hombre-naturaleza) de la evolución conceptual de paisaje europeo,*

⁶ Berque utiliza este término para explicitar una relación *objetiva* y *subjetiva* al mismo tiempo.

⁷ “1. Uso de una o más palabras para decir ‘paisaje’; 2. Una literatura (oral o escrita) que describa paisajes o cante su belleza; 3. Representaciones pictóricas de paisajes; 4. Jardines de placer.” (BERQUE, 1994, p. 16).

por lo que su aplicación directa al análisis de una visión cultural mística y monista (unidad hombre-naturaleza), como la de la cultura andina, no parece adecuada ni efectiva” (RIVASPLATA, 2010, p. 108). Se considera que esta misma afirmación cabe para el paisaje de las culturas precolombinas mexicanas y que es necesario realizar un estudio en el mismo sentido, aunque éste supera los objetivos del presente trabajo.

Consideraciones

Tanto los textos de Cortés como los de Díaz del Castillo reflejan la sorpresa, la admiración, el *pasmo* ante los paisajes que se les develaban, nunca antes vistos por ojos europeos, ni siquiera imaginados. Sin embargo, tal como ya se ha advertido, la distancia temporal entre la redacción de ambos textos (los de Díaz del Castillo son casi medio siglo posteriores a los de Cortés) y los objetivos particulares de cada uno al escribir introdujeron diferencias y matices entre sus apreciaciones. Basta recordar la necesidad de Cortés de recurrir a términos como *amoriscado*, *mezquitas*, comparaciones con Granada e incluso con África para comunicar el exotismo, grandeza y riqueza de lo descubierto a favor de sus propios intereses. Por su parte el objetivo de Bernal Díaz es poner en su justa medida la participación del soldado español en la conquista y ha tenido más tiempo para interiorizarse de las particularidades de las culturas prehispánicas, por lo tanto sus descripciones resultan más *informadas* e incluso trasuntan aprecio hacia las mismas, a la vez que el recuerdo de los duros momentos vividos tiñen muchas veces sus perspectivas.

De las fuentes consultadas, a pesar de este exotismo, se desprenden los elementos del paisaje urbano mexicano: la belleza de

sus emplazamientos, los sitios de placer, el equipamiento (los acueductos, la rectitud de sus calzadas), las perspectivas, sus plazas.

Los jardines merecen un párrafo aparte por su importancia como conjunción de diversas realizaciones que demuestran el elevado rango alcanzado por las artes y las ciencias del México precolombino, entre ellas la arquitectura, la botánica, la jardinería; y como escenario privilegiado de una multiplicidad de funciones donde el *placer* y la *belleza* se erigen en fines en sí mismos.

En este texto se ha utilizado en numerosas oportunidades el término *paisaje* de un modo que podría considerarse *anacrónico*, dado que este concepto estaba en plena elaboración en la cultura europea de los siglos XV y XVI, aunque es evidente que los cronistas de estos siglos tenían una noción, aunque fuera embrionaria, del *paisaje* que servía como escenario de sus hazañas, fundaciones y también de su vida cotidiana.

Por último, se juzga de gran importancia la escena transcripta en la cual Moctezuma muestra a los españoles desde la cima del *cu* o templo el *paisaje* que lo rodea, evidenciando una clara conciencia tanto de su entorno natural, como de lo transformado y construido por su cultura y su apreciación estética. La trascendencia de este acto desde el punto de vista de la teoría paisajística es poner una vez más en discusión la necesidad de aplicar nuevos criterios para estudiar realidades tan complejas y diversas, reafirmando la pertinencia e importancia de releer este tipo de fuentes con ojos nuevos para contrapesar visiones demasiado europeizantes en la concepción del paisaje.

Bibliografía

BERJMAN, Sonia. **El paisaje y el jardín como elementos patrimoniales**. Conferencia en el Seminario internacional: Los jardines históricos: protección del patrimonio y turismo cultural organizado por la Cátedra UNESCO de Turismo Cultural, Buenos Aires, Argentina, 27 de octubre de 2008. Copia mecanografiada.

BERQUE, Agustín, El nacimiento del paisaje en China, en Maderuelo, Javier (Director), **El Paisaje. Huesca: Arte y Naturaleza. Actas del II Curso, 1996**, Huesca, Diputación de Huesca, 1997. pp. 13-21.

_____. Paysage, milieu, histoire. **Cinq propositions pour une théorie du paysage**, Seyssel, Éditions Champ Vallon, 1994. pp. 11-30.

CORTÉS, Fernando. Cartas de Relación sobre el Descubrimiento y Conquista de la Nueva España, en Vedia, Enrique de, **Historiadores primitivos de Indias**, Colección Biblioteca Autores Españoles. Tomo Primero. Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1852. pp. 1-153.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. Verdadera Historia de los sucesos de la Conquista de la Nueva-España. En: VEDIA, Enrique de, **Historiadores primitivos de Indias**. Colección Biblioteca de Autores Españoles, Tomo Segundo, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1853. pp. 1-317.

ESTELLA GOYTRE, Alberto (Director). **La Plaza Mayor de Salamanca**, 3 vols. Salamanca, Caja Duero, 2005.

ESTEVE BARBA, Francisco. **Historiografía Indiana**, Madrid, Gredos, 1964.

FUENTES, Carlos. **La gran novela latinoamericana**, Buenos Aires, Alfaguara, 2012.

MADERUELO, Javier. **El paisaje. Génesis de un concepto**, Madrid, Abada, 2005.

_____. Paisajes descritos: un paseo por la literatura. En: JAVIER, Maderuelo (ed.). **El Paisaje, Huesca: Arte y Naturaleza**, Huesca, Diputación de Huesca, 1996.

MONTAÑEZ, Margarita. La ciudad analizada a través de sus espacios abiertos públicos. en: BERJMAN, Sonia; SÁNCHEZ NEGRETTE, Ángela (Ed.). **Maestría en Gestión del Ambiente, el Paisaje y el Patrimonio. Clases magistrales de profesores extranjeros, años 2004-2005**. Resistencia, Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, 2006. pp 85-102.

NUTTALL, Zelia. **Los Jardines del Antiguo México en México Forestal**, abril de 1923.

RIVASPLATA VARILLAS, Paula Ermila, Representaciones precolombinas de paisajes andinos: paisajes en macro (in situ) y en micro (in visu), **Temas Americanistas**, Sevilla, n. 25, 2010, pp. 55-100.

VEDIA, Enrique de, **Historiadores primitivos de Indias**, Colección Biblioteca Autores Españoles. Tomo Primero. Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1852.

_____. **Historiadores primitivos de Indias**, Colección Biblioteca de Autores Españoles, Tomo Segundo, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1853.

Recebido em 2014-05-02
Publicado em 2014-05-11